

De besos y etimologías



JOSÉ G. MORENO DE ALBA

Quien lea el delicioso capítulo que el Kama Sutra dedica a los besos y a sus complicadas clasificaciones se enterará, por ejemplo, de que si se trata de besar a una joven doncella, hay tres clases de besos: *nominal* (la joven toca solamente la boca de su enamorado con la suya); *palpitante* (toca el labio que oprime su boca moviendo su labio inferior); *tocante* (toca el labio de su amante con su lengua). Aprenderá que hay también besos rectos, inclinados, vueltos, oprimidos, moderados, contraídos, apretados, dulces, que incitan al amor, que distraen, que despiertan... En los besos, según este sapientísimo manual, intervienen los labios, los dientes, la lengua, el paladar. Se enseña ahí también la técnica de cada movimiento, la presión que debe ejercerse, los juegos aparentemente ingenuos que pueden practicar los amantes al besarse.

Ahora bien, quien acuda al célebre primer verso de *El cantar de los cantares*, si tiene alguna sensibilidad, no dejará de apreciar la sobria poesía amorosa que el sacro autor pone en labios del amante:

bésame con los besos de tu boca,
pues mejores que el vino son tus amores

Es probable que ese hipotético lector siga adelante con ese libro, atribuido a Salomón. Llegará así al versículo 11 del capítulo 4:

panal destilan tus labios, esposa;
miel y leche hay bajo tu lengua

Nada difícil resulta justificar a plenitud las exageraciones eróticas del carmen quinto de Catulo, en la perfecta versión de Rubén Bonifaz Nuño:

Dame mil besos, y después un ciento;
luego otros mil, luego segundos ciento;
luego otros mil seguidos, después ciento.

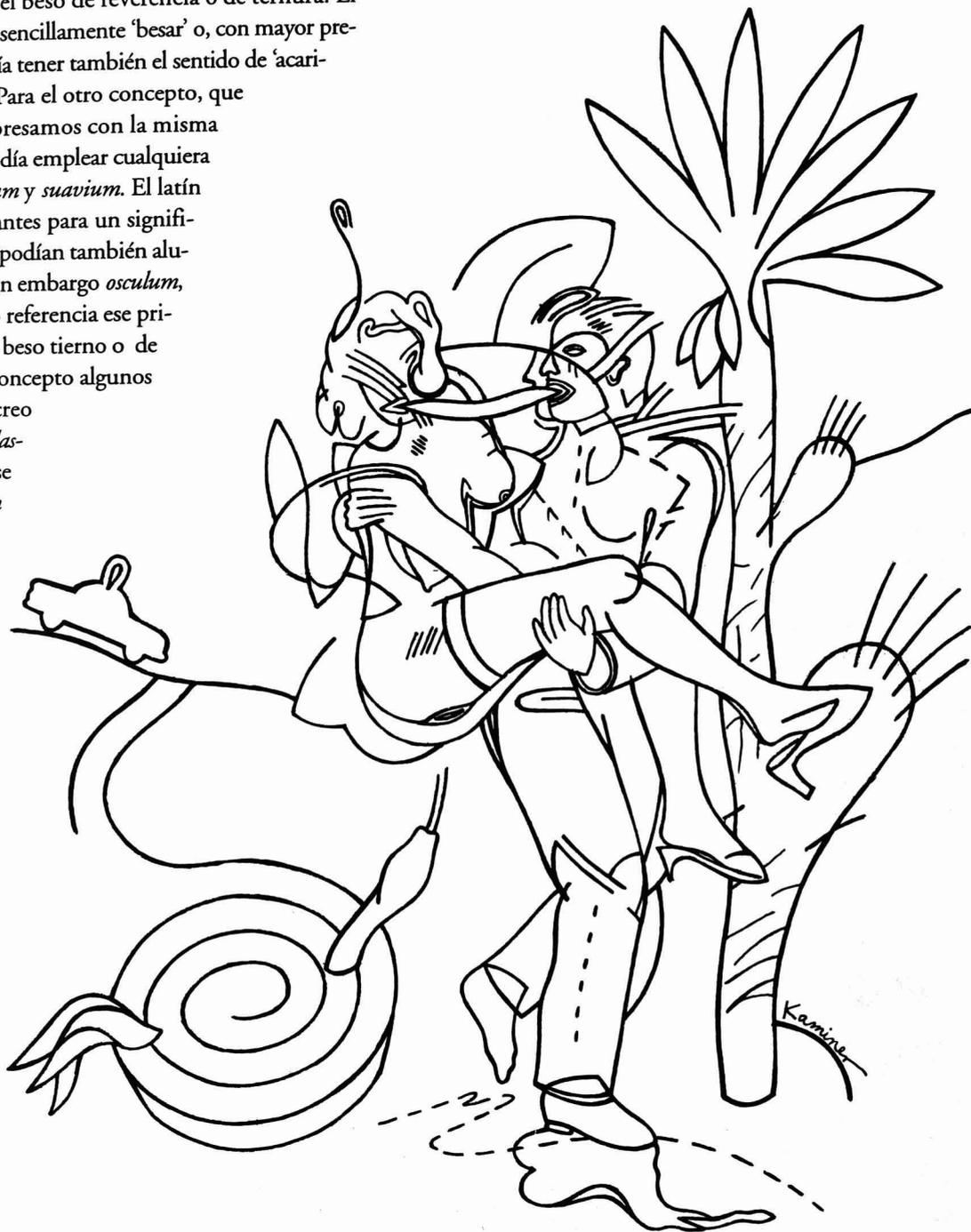
Luego, cuando hecho habremos muchos miles,
los turbaremos, porque no sepamos,
o no pueda aojar algún malvado
cuando sepa qué tanto había de besos

Cuando leo éstos y otros cientos de textos más de análoga naturaleza, me resisto a aceptar la higiénica y, en algún sentido, mecánica definición que del verbo *besar* me entrega el Diccionario académico, al que copian muchos lexicones más: "Tocar u oprimir con un movimiento de labios, a impulso del amor o del deseo o en señal de amistad o reverencia." No me detengo en discutibles detalles de sintaxis, como por ejemplo el que carezcan ahí de objeto directo los verbos transitivos *tocar* y *oprimir*. Entiendo que lo que quiere decirse es que *todo* puede ser besado; en eso estoy de acuerdo. Ahora bien, que cualquier beso sea producto sólo del movimiento de los labios, nadie lo cree, sobre todo si es "a impulso del amor o [destacadamente] del deseo". No creo necesario ser más explícito, pero no cabe duda de que en esos cientos de besos de que habla Catulo, quiero imaginar, interviene algo más que un "movimiento de labios" que tocan u oprimen.

Me parece que lo que sucede es simplemente que en español disponemos de sólo una palabra para designar dos conceptos en verdad diferentes. En la definición que comento, se considera, en la primera parte (tocar, oprimir, movimiento de labios...), sólo una de esas ideas; en la segunda, cuando se explican las causas del besar, se pretende, sin éxito, aludir también a la otra ("a impulso del deseo"). Coincido en que cuando alguien besa la Biblia o el anillo de un obispo, e incluso cuando besa la frente de su madre, no hace otra cosa que tocar u oprimir con los labios, "en señal de amistad [amor] o reverencia". ¿Son esos los besos de *El cantar de los cantares* y de Catulo? No: se trata sin duda de otro concepto. En términos de la teoría del signo lingüístico, son dos referentes, dos significados y un solo significante.

Los romanos, excelentes conocedores de estos asuntos, no solían confundir estos conceptos. Para uno de ellos disponían

de un vocablo: el diminutivo de *os* ('boca'), *osculum* ('boquita') que pasó a designar el beso de reverencia o de ternura. El verbo *osculari* significaba sencillamente 'besar' o, con mayor precisión, 'dar un beso'; podía tener también el sentido de 'acariar, amar con ternura'. Para el otro concepto, que nosotros en español expresamos con la misma palabra (*beso*), el latín podía emplear cualquiera de dos sustantivos: *basium* y *suavium*. El latín disponía de dos significantes para un significado. Estos dos vocablos podían también aludir al primer concepto; sin embargo *osculum*, casi siempre, tenía como referencia ese primer referente, es decir el beso tierno o de reverencia. Al segundo concepto algunos lexicógrafos lo llaman, creo que atinadamente, beso *lascivo*. Éste podía expresarse con los vocablos *basium* y *suavium*. 'Besar lascivamente' era *basiani* o *suaviari*. *Osculari* equi-



Saúl Kaminer

valía a 'besar sin lascivia'. En el carmen 7, sea por caso, escribe Catulo:

Tam te basia multa basiare
Vesano satis et super Catullo est

y traduce Bonifaz Nuño:

que beses tantos besos tú, bastante
es a Catulo el loco, y demasiado

Existe ciertamente en español la voz *ósculo*. Refiere en efecto al beso reverente o afectuoso; es sin embargo, en lengua hablada y aun en la escrita, de muy escaso uso. En algún mal diccionario se anota, como sinónimo de *beso*, *acolada*, que nada tiene que ver, pues con ello se designa el abrazo con el que se armaba a alguien caballero. *Suavium* no dejó descendencia en español, lengua en la que de hecho igual llamamos *beso* (evolución de *basium*) al que es casta señal de veneración y afecto que al que tiene su origen en el muy saludable impulso del deseo. ♦